

# SIN HADAS PERO SIN CUENTO

Milena Hadatty Mora y Omar Jaramillo Traverso

## Alemania, la “tierra prometida”

En 1961 Berlín Occidental era una “isla de occidente”, con una economía creciente dentro del “milagro económico” alemán de posguerra. No dependía políticamente de Alemania Federal, tenía un “estatus especial”, con una administración autónoma vigilada por los tres aliados occidentales de la Segunda Guerra Mundial. Su situación en medio de la socialista “República Democrática Alemana”, vigilada a su vez por el cuarto de los aliados, la Unión Soviética, era inusual en la historia europea y eso la hacía precaria por incierta.

La constante migración de berlineses occidentales hacia Alemania Federal y otros países obligó a sus empresas y al gobierno de la ciudad a ofrecer primas económicas especiales y condiciones salariales e impositivas atractivas para atraer mano de obra, con buenos resultados, sobre todo en cuanto a los habitantes de Berlín Oriental respecta, ya que estos podían pasar a pie, en auto o en tren la frontera sin mayor problema y al ganar su salario en marcos occidentales podían –gracias al cambio vigente– vivir a cuerpo de rey, en comparación con aquellos que ganaban marcos orientales, gracias a los precios subvencionados y mucho más baratos de Berlín Oriental.

En agosto de 1961 esta situación cambia radicalmente con la construcción del muro de Berlín, una muralla militarizada para evitar la deserción masiva de los habitantes estealemanes, pero que pasa a limitar los movimientos de los habitantes de Berlín Occidental. Grandes empresas como Siemens, Telefunken y Schering pierden 50 mil trabajadores en una sola noche y convencen al gobierno de Alemania Federal para que incluya a Berlín Occidental en el llamado “contrato de adquisición de trabajadores invitados” (*Gastarbeiter Anwerbevertrag*) que se firma el 31 de octubre de 1961 con Turquía. Se recibe a estos trabajadores “invitados” con los brazos abiertos. Se les exige solamente estar sanos y trabajar duro, no se requiere saber el idioma ni se da importancia a sus creencias religiosas ni a su conocimiento de la cultura y el sistema político de Occidente.

## 50 años de un “matrimonio de conveniencia” entre turcos y alemanes

### Los *Gastarbeiter*, “trabajadores invitados” a vivir con las maletas listas

Idil es trabajadora social y maestra. Está jubilada, pero trabaja como consultora para proyectos de integración en barrios de turcoparlantes. Llegó a Berlín con su diploma del colegio alemán de Estambul en 1961, sabía el idioma y tenía amigos alemanes en Turquía, hijos de judíos huidos de Berlín en la Segunda Guerra Mundial. Originalmente vino como traductora para la compañía por un máximo de seis meses. El acuerdo entre los gobiernos de Alemania Federal y Turquía estipulaba un estricto “principio de rotación” para evitar una migración masiva y permanente. Sin embargo, Siemens, como otras empresas alemanas, “se saltó” esta cláusula. Les resultaba menos rentable entrenar desde cero a trabajadores nuevos cada seis meses, por lo que decide retenerlos prolongando su contrato cada seis meses, pero sin darles seguridad de la duración total del contrato.

“Muchas madres jóvenes que habían dejado a sus bebés en Turquía no pudieron traerlos sino cinco o seis años después”, recuerda Idil. Recién en los setenta se dictan normas que permiten la reunificación familiar. Para estos miles de cónyuges, hijos u otros familiares de los “trabajadores invitados”, no existió ningún plan de integración, ni clases de idioma, ni ayuda psicológica o logística. Simplemente se dejó a estos migrantes a su suerte, tuvieron que encarar la vida en un medio desconocido en una lengua también desconocida. A mediados de los setenta se empezaron a tomar medidas como la contratación de profesores bilingües, instauración de clases mixtas en escuelas públicas y ayudas extraescolares con el idioma alemán. Estas reformas se dan gracias a la mediación de maestros, muchos de ellos intelectuales turcoalemanes, como la misma Idil, que organizó a madres y amigas turcas para conseguir ayudas municipales, fundar grupos de teatro y educación musical en ambos idiomas. Cada año se replanteaban si regresar a Turquía o quedarse. “Vivíamos con las maletas hechas”, recuerda Idil, pero pensábamos en ahorrar un poco más y en que los hijos terminen la escuela... y decidíamos seguir un añito más y así.”



exótico que solamente conoce de sus visitas veraniegas. Ghökan se autodefine como un “almanci”, término de los turcos nativos para definir a turcoalemanes, nacidos en Alemania pero de raíces turcas. “Soy un almanci. Ni de aquí ni de allá”.

Recién hace ocho años se cambió la ley que ahora permite acceder a la nacionalidad “por nacimiento” (como en Ecuador, en Estados Unidos y Francia). Hasta entonces, regía en Alemania desde la época de Bismarck la nacionalidad “por sangre”, es decir hijos y nietos de migrantes nacidos en Alemania no tenían derecho a ser alemanes. “Si hubieran podido tener la nacionalidad desde siempre, seguramente mis padres habrían migrado a Turquía”, reflexiona Ghökan. Sus padres, turcos nacidos en Berlín, pasaron al desempleo una vez que muchas empresas cerraran o trasladaran sus factorías hacia países más lejanos.

## Los Kahvehanes, un oasis para turcos, árabes y otros “almancis”

“No se admiten turcos” (*Türken nicht erwünscht*), se leía en carteles en muchos cafés y fondas de los sesenta. Obviamente esa discriminación era y es ilegal, pero en la práctica difícil de controlar. La población de “trabajadores invitados” carecía de sitios para reunirse luego del trabajo aparte de sus domicilios particulares o las plazas públicas o estaciones ferroviarias. Hasta que consiguieron las primeras concesiones para abrir sus locales, las “Kahvehanes” o casas de café, que funcionaban primero como “comités culturales o deportivos” en los que se podían expender bebidas como té, café y refrescos solamente a los miembros registrados, pero que a la larga pudieron ser abiertos para cualquiera, aunque pocos visitantes no turcos los frecuentan. Ghökan es berlinés, nieto de turcos “trabajadores invitados” y estudia dirección de teatro. Frecuenta pocos cafés turcos, pero el café Geddiz es una excepción. Turcos e hijos de turcos de todas las regiones y etnias de ese país, pero también migrantes de países árabes, rusos e israelíes se reúnen aquí por las tardes para jugar “Tauli” (una especie de backgammon), ver fútbol o simplemente para conversar (el idioma común es el alemán). Y aquí Ghökan conoció a Michail, migrante israelí y director de teatro. Ambos trabajan hoy en varios proyectos y Michail reconoce en la comunidad turca berlinesa “los elementos orientales que se ven también en Israel y Palestina, como la música y la comida, pero sin el ambiente tenso y militarizado de mi país”. Ghökan aprovecha estas charlas para aprender y aprehender historias de los países orientales, mundo

## La segunda migración, entre Karl Marx y el “Döner Kebab”

Emret tiene 75 años y es maestro de geografía. No ha ejercido su profesión desde que dejó Turquía a principios de los ochenta. Llegó como exiliado político luego del golpe de estado en su país. Vino a parar al “barrio turco” de Kreuzberg: pobre y gris, como todos los barrios ubicados “al fin del mundo”, es decir, vecinos al muro. En Kreuzberg los alquileres eran baratos, las antiguas casas sin refaccionar estaban ocupadas por artistas, estudiantes y migrantes pobres, sobre todo turcos, ya que Kreuzberg junto con Neukölln y Wedding era uno de los tres únicos municipios en los que los migrantes turcos tenían permiso para alquilar. Así empezaron estos virtuales ghettos, aunque cuando Emret llegó ya había familias turcas adineradas surgidas dentro de la comunidad de los “trabajadores invitados” que vivían en la ciudad con sus familias. Emret creyó que estaba “como en casa” y dio por sentada la solidaridad de sus paisanos, pero se equivocaba. Era un idealista que conocía las ideas de Marx, pero no su idioma, bromea. Y comenzó a ser víctima de aquellos “capitalistas turcos” en plena Alemania, ya que sus paisanos se aprovechaban de su situación de ilegal no germanoparlante. Hoy en día es propietario de varios restaurantes en el barrio de Kreuzberg. Apostó por las especialidades no turcas, más bien francesas y repostería alemana. Emret odia los “Döner Kebab”, sánduches de carne de borrego con ensalada surgidos en Berlín como alternativa de comida rápida para trabajadores turcos y ahora el plato típico más conocido.

## 50 años del Berlín “turco”

El pintoresco barrio Kreuzberg, ubicado junto al atractivo “Landwehrkanal” berlinés, se conecta con el vecino barrio de Friedrichshain por varios puentes reabiertos luego de la unificación de ambos Berlines. El que antes de la caída del muro era un “barrio turco” por antonomasia está ahora en pleno corazón de la ciudad y ha disparado la especulación inmobiliaria como muchos otros barrios de arquitectura antigua recuperada. Sin embargo, Kreuzberg mantiene su heterogeneidad cultural y sigue siendo el eje de la población turca o turcoalemana, lo cual se manifiesta en la evidente juventud de su población. También es visible una intensa actividad comercial en negocios manejados por familias numerosas que trabajan juntas. Pero esta migración no es homogénea, porque no lo es tampoco su país de procedencia, ya que Turquía es un país relativamente joven, multiétnico y con enormes diferencias entre las ciudades y el campo.

### Sin hadas pero sin cuento, un final bastante feliz para un matrimonio difícil



Casi tres millones de turcos o turcoalemanes viven en territorio alemán. Uno de ellos es Muhammed. Nacido en Berlín de padres migrantes, trabaja como jefe de torneros en una proveedora de la BMW en el turno de la noche. Llega a su casa a las 4 a.m. y empieza su segunda jornada: preparar quince sándwiches de queso y tomate y exprimir jugo de naranja para llenar tres botellitas, el “lunch” de sus tres hijos. En pocos minutos despierta a los dos mayores, Bilal y Yasim, para enviarlos al colegio. La pequeña Betül



duerme dos horas más, tiempo que Muhammed aprovecha para poner la ropa en la lavadora y leer su correspondencia. Hace cinco años se divorció de su esposa turca, quien regresó con las dos hijas mayores a su país. Muhammed

obtuvo la custodia de los tres menores, dos varones y una bebita que ahora va al kinder. Tuvo que aprender a cambiar pañales y a cocinar y otras cosas “de mujeres”. Cada vez más turcoalemanes se deciden a invertir los roles familiares, toman a cargo a los niños y las labores. Tomando el ejemplo de los alemanes, crean grupos de autoayuda en la ciudad. “Es una buena cosa de vivir en Alemania, funcionan muy bien los movimientos ciudadanos a nivel comité y grupos de autoayuda, eso en Turquía se conoce poco”, sonríe Muhammed. Los hijos mayores están orgullosos de su padre y no tienen problema en ayudar en las labores caseras. Y se sienten más alemanes que turcos, de hecho, en su casa hablan georgio y no turco, ya que su familia procede de la región

fronteriza de Turquía con ese país. “Es bueno ser varias cosas al mismo tiempo, aprendes a valorar lo mejor de cada parte y a no generalizar”, reflexiona Bilal, el primogénito. Y su enamorada ruso-alemana le da la razón.

**Milena Hadatty Mora.** Videorealizadora y guionista ecuatoriana, con estudios en Ecuador y Alemania. Reside en Berlín desde hace tiempo. Es corresponsal de *Archipiélago* en Alemania.

**Omar Jaramillo Traverso.** Arquitecto y paisajista ecuatoriano, con estudios en Ecuador y Alemania. Trabaja en Italia, Emiratos Árabes y Alemania, reside actualmente en Berlín. Desde 2009 es miembro de “*Urban Sketchers*”.